

## Un grito de alarma

### El Ayuntamiento de Lumbreras

Del Círculo Republicano lumbrerense y de un grupo selecto de jóvenes sin filiación política alguna, ha surgido la iniciativa de rehabilitar el Ayuntamiento que hubo en Lumbreras durante la segunda mitad del siglo pasado. La iniciativa—hay que hacerlo constar—, plena de noble honradez y respondiendo a un móvil de sano patriotismo, se ha visto secundada casi unánimemente por el caserío y diputaciones anejas. Y decimos casi unánimemente, porque una golondrina—la de la oposición acéfala, basada en las argumentaciones pueriles del «porque no» y «porque sí»—jamás hizo verano.

Todo se desliza, evidentemente, por el mejor de los caminos. Se han recabado firmas a granel; se ha explorado a entera satisfacción la voluntad de los ediles lorquinos, nunca tan ecuanímenes y tan decididos a colaborar como en la presente ocasión; se está al habla con prestigiosos elementos de Madrid, dispuestos a echarnos una mano; se tiene, en suma, aparte de la simpatía general, lo que acaso vale más y es un incentivo para la acción: el terreno desbrozado de obstáculos.

Pero... Pónganse en guardia todos los lumbrerenses ante este «pero» que lanza el más modesto de los hijos de Lumbreras; pónganse en guardia, repetimos, porque no es un profesional de la política, ni un caballero de industria, ni un sospechoso el que ahora habla. (Ahí tenéis cuatro escuelas por cuya consecución—valga la inmodestia—perdí amistades, desmascaré tahures y me jugué el pellejo). Habla en esta ocasión, aunque con acritud, quien siempre tuvo el doble cuidado de no alquilar su criterio ni hipotecar la independencia de su espíritu. Y merece una poca atención; tenedla, pues.

Lumbreras quiere Ayuntamiento. O lo que es igual, se siente separatista. No es extraña ni nueva esta actitud, porque el separatismo es el signo de los tiempos. Pero Lumbreras no debe olvidar que a un paso, solamente a un paso—¡y qué fácil es darlo!—de la libertad y la independencia, se hallan también la esclavitud, la subordinación y la anarquía... Lamentáramos en el alma que nuestros paisanos, es decir, nuestros afectos más próximos—padres, amigos, parientes, etcétera—, a causa de un prurito emancipatorio mal alimentado, sirvieran de burla y de chacota... Y de algo más grave: de conejillo de Indias. La Libertad—palabra hermosa, palabra vacía, palabra vana—, es, en ocasiones—ésta es una—algo más que un vocablo: un señuelo para atraer incautos y un «¡al higuí!» para hacer el caldo gordo; la Libertad, repelimos, si es que verdaderamente existe, se halla íntimamente ligada a otros factores, y entre ellos, a los factores eco-

nómicos. No se puede, ni se debe invocar, honradamente hablando, esta palabra—Libertad—sin contar previamente con la huésped, la huésped intrusa que en todo mete baza: la Economía. Rumien, rumien detenidamente esta verdad nuestros paisanos.

Queremos, anhelamos y ansiamos el Ayuntamiento en Lumbreras—éase bien—más que el que más. Aunque por otros conceptos. Somos, en este punto, más papistas que el Papa; por dos razones: porque sabemos muchas cosas que al Papa—El Puerto—no le importan un ardite, y porque no ignoramos otras que los lumbrerenses debieran de haber intuido hace algún tiempo y que ya verán un día... Pero ahora—dando de lado al bagaje de nuestras afecciones—tenemos el deber social de ejercer el magisterio de la duda. Para abrir los ojos a muchos, orientar a algunos y salvar nuestra responsabilidad en el porvenir. Y en esta posición, ahí van unas cuantas preguntas a guisa de tormento y de amistad, la mejor amalgama del afecto:

¿Os halláis fuertes, impuestos y documentados en administración y economía municipal los que lleváis en alto la bandera de la independencia? ¿Conocéis la verdadera situación económica del Ayuntamiento de Lorca, de la cual habéis de hacer copartícipe a Lumbreras—sin dejarse caer en nadie ni apoyar el hombro en nadie, entendiéndose bien—; copartícipe a Lumbreras, actualmente con una emigración más a «chorro suelto» que la de la propia Lorca; copartícipe a Lumbreras, con una agricultura en la ruina, una industria que vive de precario, un comercio que agoniza en la mayor inacción y un proletariado que se muere de hambre: de hambre de «pan nuestro de cada día», señores? ¿Habéis echado números—no hay mayor elocuencia que la de los números—, números, repito, a lo que cuesta edificar o alquilar una Casa Ayuntamiento decente y capaz y dotarla del mobiliario adecuado? ¿Habéis pensado en las seis mil o siete mil pesetas anuales de un Secretario municipal; en las trece o catorce mil de cinco o seis auxiliares de Secretaría; en las diez o doce mil de tres o cuatro médicos; en las que habrían de percibir un veterinario, dos farmacéuticos, dos practicantes y otras dos comadronas; en las cuatro o seis mil de dos o tres guardias urbanos; en el alquiler de seis—ahora no hay más que seis, pero pronto habrá más—locales escuelas con las correspondientes viviendas para los maestros; en las demás escuelas que hay creadas y en las que se tiene que crear fuera de Lumbreras, pero dentro de su término; en las casas de Correos y Telégrafos, y en lo que va a costar la creación y sostenimiento de un Hospital y un Asilo?... ¿Conocéis el montante

## Camino adelante

### UNA COSA ES PREDICAR...

Hace el Gobierno cuanto le es posible por conjurar la crisis de trabajo y, sin embargo, preciso es confesarlo: no consigue acallar las quejas.

El hambre, no puede aventarse a razones de demora por justificadas que estén y, es natural, toda vez que la receta para el hambre lleva siempre la nota de «urgentísimo».

Decir que el número de los sin trabajo en España, es bastante menor que en muchas otras naciones de Europa y América, no puede convencer a ningún obrero ni jornalero español que se encuentra cruzado de brazos porque no hay qu'en les dé ocupación, pero preciso es convenir en que muchos de los que hoy lamentan la situación o excitan a los sin trabajo para hacer más visible su inquietud, contribuyeron en cierto modo sino a crear este estado de cosas a agravarlo, sí, cometiendo verdaderas imprudencias llevados de un egoísmo insensato.

Desde que la República vino a sorprender a tanto republicano de nuevo y viejo cuño y a tanto bugallalista, ciervista y upelista de los que se calaron el frigio, aquí, como en tantas otras partes, se conquistó a las masas de votantes con un programa de ofrecimientos que no había más que pedir.

Ya no faltaría trabajo para nadie; los jornales serían como mínimo de cinco pesetas, la abundancia reinaría en todas partes; cada pueblo español sería un rival de Jauja... Y los pobres incautos cayeron en el lazo. Había también quienes afirmaban que las tierras de labranza serían para los que las cultivaban acto seguido, y el pobre labriego no sólo soñó con esta ilusión, sino que tenía ya elegidas aquellas fincas de que había de ser dueño.

No se reparó en peligros en esto de ofrecer al elector el oro y el moro: la cuestión era poder sentarse en el sillón concejil o en el escaño del Congreso. Y después ¡el diluvio! ¿Qué les importaba lo que pudiera ocurrir? Para sus fines, tomaron en

de lo que habría de tributarse por el hecho, al parecer sin importancia, de tener dos estaciones de ferrocarril—la de Almendricos y la de Lumbreras—dentro del término? ¿Os habéis percatado de la miseria en que quedaría el futuro Ayuntamiento cuando el Estado tirase de lo que legítimamente le corresponde para atender a las ineludibles necesidades nacionales y provinciales? ¿Ignoráis que existen, además, otras «Minucias»—así, con mayúscula—que se traducen en varios miles de pesetas...

No se nos venga con el argumento capcioso—y ya manido—de que el comercio se beneficiaría con la inno-

serio las grotescas y bardas farsas del admirador y servil incondicional del fulero Bo bón, señor M. Seca—véase «La pluma verde»—y la ignorancia crasa de muchos gentes elevó a los imitadores de los bardas personajes inventados por el creador de payasos.

Ni las cosas se podrán hacer con la facilidad prometida, ni con la prontitud deseada ni el camino era ese; y de este loco prometer la consecuencia ha sido agravar la situación de suyo bien triste, al mismo tiempo que ponían un arma en manos de los enemigos de ese régimen del que se declaran partidarios entusiastas e incondicionales, arma que les ha servido para ejercer de poderoso revulsivo en muchos pobres verdaderamente necesitados y en otros no tan necesitados pero sí legítimamente ansiosos de mejorar, con lo cual el número de los demandantes lo han hecho crecer.

Esta ha sido la perniciosa labor hecha con miras ambiciosas en muchos casos frustradas, que hoy aumentan las dificultades con que tropieza el Gobierno, ya que dificultades existen siempre cuando se da un paso tan transcendental como un cambio radical de régimen.

Ahora bien que no han de conseguir sus propósitos ni los enemigos enbozados ni los enemigos descubiertos; que a la postre han de verse como merecen los bugallistas, ciervistas y upelistas que se calaron el frigio, eso ni que dárdalo cabe. La República no hay quien la hunda. ¡Pues si parece que hace siglos que desapareció la monarquía!

Está muerta y bien muerta. Por mucho que su protegido el doctor Asuero le hurgue en el trigémino y con él el ensotano lo Múgica y Perico el Desterrado, es inútil!

Lo sentimos no sólo por ellos, sino también por el inconsolable M. Seca. Escribía para divertir a «el Belfo» y éste finiquitó.

Ya es otro M. Seca.  
JUAN DEL PUEBLO

vación; porque de sobra sabemos todos que lo nuestro no se lo lleva nadie y que el comercio es y ha sido siempre, en Lumbreras, un reflejo de las posibilidades agrícolas; no se nos arguya que Lorca tiene muchos ingresos que se los da «graciosamente» Lumbreras, porque lo que Lorca está deseando con ansiedad es aligerarse la carga; no se nos diga que es vergonzoso vivir siempre en tutela y minoría de edad, porque entonces podríamos contestar que lo verjaderamente vergonzoso es tener oídos y no oír, tener ojos y no ver...; no se propale, finalmente, que somos extraños a los intereses de Lumbreras, porque podríamos dar muchas lecciones de desprendimiento a los que siempre enmudecieron por una prudencia mal entendida y a otros—bastantes—que sólo se endomingaron para tomar el «auto» ante la perspectiva de algún vellocino...

Enteraros, documentaros, asesoraros, hombres de buena fe. Aún hay tiempo para evitar un cataclismo en lo por venir. Pensar, siquiera sea por una sola vez, que las «politiquerías» deben callar cuando se debaten problemas económicos; pensar, sobre todo, que la buena fe puede mucho—«tened fe y trasladaréis las montañas», dijo el Cristo—pero que lleva inexorablemente al fracaso cuando entabla alianza con la impreparación y las fagocidades de bengala.

Rumien, mediten y contesten los llamados a rumiar meditar y contestar, porque sería una cobardía dejar incumplido este deber. Nosotros cumplimos ya el nuestro.

«Amigo de Plauto, pero más amigo de la verdad», dijimos un buen día para deshacer la contumacia de quien afirmó que Lumbreras no necesitaba escuelas... ¡Amigo de Plauto, pero más amigo de Lumbreras!, gritamos hoy, desgarrándonos el alma, ante la inopia de un pueblo que camina con los ojos vendados hacia el abismo de su propio suicidio.

ENVIO

En la Atalaya de la Duda, junto al Dolor, está nuestra mansión... Sed bien venidos.

JOAQUIN RUIZ ROMERA

LEA USTED LA TARDE

## CLINICA SANATORIO

(CON INTERNADO)

Situada en las Alamedas, a cargo del

### DR. MIGUEL MARTINEZ MINGUEZ

Especialista en enfermedades de los ojos :-: Ayudante durante cinco años de la Clínica Oftalmológica de la Facultad de Medicina, de Madrid, y del sabio Profesor Doctor MARQUEZ, Catedrático de dicha Facultad  
Consulta de 11 a 2.-LORCA